

Diablotexto

Digital



**Representaciones del cuerpo oculto
en *Luna de lobos* de Julio Llamazares
y *Los girasoles ciegos* de Alberto Méndez**

***Representations of the Hidden Body in
Luna de lobos by Julio Llamazares and
Los girasoles ciegos by Alberto Méndez***

**LUCILA ROSARIO LASTERO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA**

lucilastero@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0009-7576-7488>

Fecha de recepción: 27 de diciembre de 2022
Fecha de aceptación: 6 de julio de 2023

Diablotexto Digital 13 (junio 2023), 53-69
10.7203/diablotexto.13.25829
ISSN: 2530-2337



Resumen: Este artículo explora las representaciones del cuerpo oculto –en fuga o en trincheras– en *Luna de lobos* (1985) de Julio Llamazares y en dos relatos pertenecientes a *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez. Nos interesa reflexionar sobre los vínculos entre el cuerpo y la memoria de la Guerra Civil y el franquismo. Para ello, recurriremos a algunos principios de Maurice Merleau-Ponty y, principalmente, al concepto “desterritorialización” propuesto por Gilles Deleuze y Félix Guattari.

Palabras clave: Guerra Civil, Narrativas, Cuerpo, Memoria, Desterritorialización

Abstract: This article explores the representations of the hidden body –on the run or in trenches– in *Luna de lobos* (1985) by Julio Llamazares and in two stories belonging to *Los girasoles ciegos* (2004) by Alberto Méndez. We are interested in reflecting on the links between the body and the memory of the Civil War and Francoism. To do this, we will resort to some principles of Maurice Merleau-Ponty and, mainly, to the concept of "deterritorialization" proposed by Gilles Deleuze and Félix Guattari.

Keywords: Civil War, Narratives, Body, Memory, Deterritorialization



Punto de partida. Cuerpo, memoria y escritura

En este trabajo nos proponemos abordar narraciones que tematizan la Guerra Civil y el franquismo, con el fin de observar ejes semánticos y procedimientos de representación vinculados con el tópico del cuerpo oculto –en fuga o en trincheras–, entendiéndolo no solo desde su significación empírica sino también simbólica. Se trataría, básicamente, de pensar la memoria de la Guerra Civil poniendo el foco en los espacios de ocultamiento, “borramiento” y clandestinidad.

Nos centraremos especialmente en la configuración de los “huidos” y de los “topos”, como se llamó a los republicanos que se ocultaron en las zonas campestres o fabricaron trincheras en sus propias casas. A tal fin, exploraremos la novela *Luna de lobos* (1985), de Julio Llamazares y dos relatos pertenecientes a *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez.

Nos interesa analizar, en estos textos, las estrategias de representación de los sujetos en fuga, a partir de las voces que, desde la ficción, buscan reparar la ausencia de los testimonios directos sobre estas experiencias en la memoria transmitida (Hassoun) y en la memoria histórica y colectiva (Halbwachs). En relación con el cuerpo como principal eje de significación, nos será útil el término “desterritorialización”, usado inicialmente por los filósofos Deleuze y Guattari. Por otra parte, recurriremos a algunos principios de la fenomenología y, específicamente, a los postulados de Maurice Merleau-Ponty, que servirán para desentrañar los vínculos entre cuerpo, memoria y escritura.

Creemos que los relatos de Alberto Méndez y la novela de Julio Llamazares conforman anclajes de sentido y reflexión en torno a los cuerpos ocultos como dispositivos de exploración de la dialéctica entre memoria y formas de narrar la Guerra Civil y el franquismo.

Ocultamientos y ausencias. *Luna de lobos* (1985) de Julio Llamazares y *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez

En la actualidad, abordar la incidencia de la Guerra Civil española y del franquismo en la literatura implica atender a producciones que entrecruzan



historia, memoria, formas y estrategias de representación y significación, constituyendo así un corpus bibliográfico diverso, abundante y complejo. Entre los trabajos que recopilan y sistematizan la profusa narrativa literaria sobre la Guerra Civil podemos mencionar, por ejemplo, *La guerra civil española en la novela* (1982) de Maryse Bertrand de Muñoz y *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española* (2006) de Antonio Gómez López-Quiñones.

En el conjunto de producciones ficcionales sobre la guerra, los estudios literarios han observado ejes semánticos que se corresponden con los diferentes tipos de memoria propuestos por la teoría –memoria histórica, individual, colectiva, etcétera. Además, las investigaciones han atendido a la capacidad de la literatura para involucrarse con problemáticas sociales, recuperar voces del pasado y comprometerse con la revisión historiográfica. A ese compromiso se suma una búsqueda estética, basada en el desarrollo de nuevas formas de construir ficción, por medio de procedimientos y estrategias que proponen conectar, desde el presente, la literatura y la historia.

La problemática que guía este trabajo tiene que ver con los vínculos entre ficción y memoria. A tal efecto, ahondaremos en el cuerpo como dispositivo relacional. Nos interesa preguntarnos de qué manera la narrativa reconstruye la figura de los republicanos que, una vez terminada la guerra, buscaron salvar sus vidas por medio de la huida hacia los montes o bien atrincherados en sus propias casas. ¿Cómo se representan las experiencias vinculadas al cuerpo que se ausenta, temporaria o definitivamente, del espacio público y de la escena bélica? ¿Qué consecuencias acarrea un cuerpo que escapa a la llamada reconstrucción de los hechos? ¿Cuáles son sus implicancias simbólicas? ¿Puede un cuerpo ausentarse sin dejar de lado sus alianzas con el contexto y sin desprenderse del discurrir de la historia y de los procesos de la memoria?

Para intentar responder estas preguntas, exploraremos la novela *Luna de lobos* (1985) de Julio Llamazares y los relatos “Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido” y “Cuarta derrota: 1942 o Los girasoles ciegos”, pertenecientes a *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez. Creemos que en los textos abordados subyace el tópico del cuerpo oculto en



tanto se relaciona directamente con la palabra no dicha y con el recuerdo no transmitido, mostrando así las fisuras a las que se enfrenta la reconstrucción de la memoria de la Guerra Civil y el franquismo.

Julio Llamazares es un destacado novelista, poeta y guionista de cine español que fue dos veces finalista del Premio Nacional de Literatura de España por sus novelas *Luna de lobos* (1985) y *La lluvia amarilla* (1988). Según José María Izquierdo, Julio Llamazares ocupa un lugar especial en la llamada “Nueva narrativa española”, ya que

se le podría agrupar en una hipotética generación de narradores nacidos entre la segunda mitad de la década de los años cuarenta y primera de los cincuenta, y que han publicado sus novelas a lo largo de los ochenta. Es decir, junto a escritores como Juan José Millás (Valencia, 1946), Javier Marías (Madrid, 1951) o Rosa María Montero (Madrid, 1951). Grupo de autores del postfranquismo en el que Llamazares tendrá un lugar específico tanto por el neorromanticismo impresionista de sus descripciones –sobre todo las de la naturaleza–, como por el tono melancólico/existencial dado a sus narraciones (1995: 55).

Silvia Cárcamo afirma que, pese a la visión neorromántica que señala Izquierdo, esta novela no deja de lado el compromiso histórico y social, ya que “la memoria dibuja en ella un sentido político muy bien delineado al centrarse en la figura de los maquis o guerrilleros antifranquistas que siguieron actuando después de la derrota republicana” (2010: 4).

En efecto, *Luna de lobos* (1985) de Julio Llamazares relata la travesía de un grupo de republicanos que, una vez derrotado el frente de Asturias en 1937, se oculta en los montes de la Cordillera Cantábrica. Estas precisiones espaciales y temporales se manifiestan por medio de unos breves párrafos que introducen la narración. Luego, el relato seguirá su curso en la voz de un narrador protagonista llamado Ángel, uno de los refugiados en el monte junto a tres hombres más.

En esta novela se destaca la animalización de los personajes, que se anticipa desde el título y que se concreta por medio de metáforas que dan cuenta de la degradación y deshumanización de los sujetos que huyen. Por ejemplo, del personaje de Ramiro se dice que “Olfatea la noche como un lobo herido” (2015: 12). Más tarde, el mismo personaje es “un animal acorralado que sabe que más tarde o más temprano, acabará acribillado a balazos en cualquiera de esos



montes” (2015: 72). Cuando le dicen a Ángel que canta como el búho, declara: “—Sí, claro [...]. Y corro como el rebeco, y oigo como la liebre, y ataco con la astucia del lobo. Soy ya el mejor animal de todos estos montes” (2015: 132). En efecto, los personajes son cuerpos en fuga del espacio socio-cultural de procedencia; son cuerpos que se amalgaman con la naturaleza salvaje, como los animales del monte.

Asimismo, en numerosos pasajes de la novela se advierte, por parte de los personajes, una pérdida de la dimensión del tiempo en que viven. A medida que avanzan los capítulos, las horas exactas pierden importancia y solo hay mañanas, atardeceres y noches, que se cuentan por la intensidad de la luz y por la emergencia de la luna, mientras que las estaciones se definen por la percepción del calor y del frío en el cuerpo. Por las fechas que figuran introduciendo cada una de las partes que agrupan los capítulos, los lectores sabemos que la travesía comienza en 1937 y finaliza en 1946, pero los personajes parecen estar regidos por un tiempo propio, alejado de los calendarios vigentes: “Anochece. [...] Un día más huyendo de mí mismo, sin descanso ni esperanza” (2015: 174). Es curioso que, en un segmento de la novela, mientras Ángel contempla, a lo lejos, su pueblo de origen, piensa:

Son ya seis años los que llevan así, viviendo en silencio, aterrados, en la indecisión de la pena que les mueve a ayudarnos y el miedo, mayor cada vez, a las represalias (2015: 116).

Esta reflexión que hace el personaje sobre los años transcurridos recae sobre los habitantes de las casas del pueblo. Es decir, para Ángel, esos seis años pasaron para los pobladores, no para ellos, no para los del monte. Recién mucho después, cuando se queda solo en la huida, pareciera tomar conciencia del tiempo transcurrido: “Ni un solo instante se olvidan de mí. Nueve años ya persiguiéndome noche y día y continúan mi búsqueda sin cesar un solo instante” (2015: 195).

Podemos decir entonces que se trata de cuerpos animalizados, alejados de los parámetros que definen la vida social y cultural, imposibilitados de establecer un vínculo con un tiempo y un espacio concretos. Estos sujetos se desenvuelven en un terreno hostil, que los posiciona en la misma línea de los



animales salvajes, y en un tiempo difuso que los aparta del discurrir histórico. Así, tiempo y espacio funcionan acá no como ejes contextuales sino como elementos de anulación.

Para el abordaje de la figura del huido, también nos interesa un relato que forma parte de *Los girasoles ciegos* (2004) de Alberto Méndez. Alberto Méndez fue un escritor español fallecido en el año 2004 y que adquirió fama por *Los girasoles ciegos*, su única obra literaria, publicada poco antes de su muerte. Por esta obra ganó el I Premio Setenil al mejor libro de cuentos del año y, de manera póstuma, el Premio de la Crítica de narrativa castellana y el Premio Nacional de Narrativa (España). El libro de Méndez forma parte de la eclosión de textos literarios que se han leído a la luz del resurgimiento historiográfico y de las iniciativas políticas en torno a la memoria de la Guerra Civil. En este sentido, siguiendo a Facundo Giménez, el texto

se erige, entonces, no como documento del pasado sino como reivindicación que se activa en el presente y resignifica la historia, recuperando la conformación de esa comunidad arrasada por la censura (2019: 8).

Este libro aborda la cuestión de la memoria en la inmediata posguerra, a partir de cuatro relatos –denominados “derrotas” – que aparecen fechados entre el final de la resistencia madrileña en 1939 y el año 1942. El relato titulado “Segunda derrota: 1940 o Manuscrito encontrado en el olvido” está compuesto por una serie de fragmentos que narran los últimos días de un joven republicano oculto en una braña de los altos de Somiedo junto a su esposa y a su hijo recién nacido. Esos fragmentos son nada menos que un cuaderno que, durante la estadía del joven en el lugar, funcionó como diario. Al igual que las otras tres narraciones o “derrotas” que conforman el libro, “Manuscrito encontrado en el olvido” da cuenta de la imposibilidad de una memoria unívoca, solo alcanzable parcialmente por medio de anotaciones, restos de diarios, rumores y versiones incompletas, tanto de un bando como del otro.

En efecto, la cita de Carlos Piera que opera como epígrafe del libro, habla de esta imposibilidad de una memoria única y de los discursos faltantes cuando menciona la necesidad de “hacer nuestra la existencia de un vacío” (2015: 9). Por tal motivo, “Manuscrito encontrado en el olvido” se presentará como un



intento de investigación y recopilación documental, es decir, un trabajo de memoria destinado a llenar los vacíos pendientes, pero también consciente del material irrecuperable. Así, la voz que introduce el texto se refiere a un documento en el que consta el hallazgo de los tres cadáveres en la breña, al mismo tiempo que declara que el diario que constituye el relato fue localizado en el Archivo General de la Guardia Civil y que los objetos encontrados fueron inventariados por un guardia civil. La voz del recopilador, que tendrá breves intervenciones descriptivas y explicativas a lo largo de la narración, cerrará el texto con un párrafo titulado “Nota del editor”, donde hablará de la continuidad de la investigación:

El año 1954 fui a una aldea de la provincia de Santander llamada Caviedes. [...] Pregunté aquí y allá [...]. Se llamaba Eulalio Ceballos Suárez. Si él fue el autor de este cuaderno, lo escribió cuando tenía dieciocho años y creo que ésa no es edad para tanto sufrimiento (2015: 57).

De esta manera, el editor confiesa que no logra desentrañar todas las aristas de la historia, pero al menos logra reponer el nombre del autor del diario y, a través de sus escrituras, el nombre de la mujer y el nombre del hijo. Por su parte, el autor del diario es consciente de que con su escritura está dejando un testimonio, es decir, no se trata de un simple desahogo sino de un deseo de inscribir su experiencia en la historia y también de instalar reflexiones y culpas: “Quiero dejar todo escrito para explicar a quien nos encuentre que él también es culpable, a no ser que sea otra víctima. Quien lea lo que escribo, por favor, que esparza nuestros restos por el monte” (2015: 41).

Es destacable que la voz del editor, a lo largo del relato, aparenta mantener la objetividad con respecto al contenido de la historia, ya que sus intervenciones son solo explicativas o descriptivas. Sin embargo, en las últimas líneas aflora su subjetividad y su compasión cuando, al reflexionar sobre la identidad del protagonista y sus dieciocho años, expresa: “creo que ésa no es edad para tanto sufrimiento” (2015: 57). Podemos decir que, en estas últimas palabras del editor, que marcan el final del relato, se cumpliría el deseo del joven muerto, ya que se muestra no solo la perdurabilidad de un testimonio sino también la culpa instalada en un primer lector que, a su vez, mediante la edición y la difusión del texto, transferirá ese sentimiento al resto de la sociedad.



Luna de lobos y “Manuscrito encontrado en el olvido” tienen en común, entre otros aspectos, la relación que establecen los personajes principales con la muerte, ya que, en ambos casos, esta se concreta en las personas más próximas. En *Luna de lobos*, Ángel ve morir a sus compañeros de huida, Gildo y Ramiro, mientras que el poeta del relato de Alberto Méndez ve morir a su esposa y a su hijo. En ambos casos, la narración se tensiona por medio de la presencia constante de la muerte, que avanza hacia los personajes arrasando progresivamente con el resto de las vidas cercanas.

Por otra parte, en ambos textos se configura un espacio hostil para la supervivencia, que contrasta con el imaginario de un espacio “otro”, representativo de la salvación. Observamos que en los dos relatos se habla de una posible huida a Francia, subrayando así la imposibilidad de pertenecer y de mantenerse con vida dentro de los límites del propio territorio. La única salida posible del escondite, llámese monte o braña, es otro país ya que, en el propio, solo queda esperar la muerte. En *Luna de lobos*, después de un frustrado intento de exilio junto a sus compañeros, el personaje logrará su cometido, puesto que, a pesar de reconocerse “muerto” en varias oportunidades, nunca perderá las esperanzas de recuperar, en otro sitio, esa vida que se le niega. El personaje de “Manuscrito encontrado en el olvido”, en cambio, ante la muerte de su esposa, se resigna a esperar su fin: “Ya no huiremos a Francia. Sin Elena no quiero llegar hasta el fin del camino. Sin Elena no hay camino” (2015: 40).

Además, nos interesa destacar que, al igual que en *Luna de lobos*, en este texto no hay una definición clara del tiempo vivido. Los fragmentos del diario aparecen ordenados según el número de página, sin que haya referencia a fecha alguna, y el protagonista menciona la imposibilidad de llevar un registro temporal de los hechos: “Ha pasado el tiempo y no sabría contar los días porque se parecen unos a otros de tal manera que me sorprende que el niño crezca” (2015: 49); “No sé en qué mes estamos. ¿Serán ya las navidades?” (2015: 51).

Por otra parte, el relato denominado “Cuarta derrota: 1942 o Los girasoles ciegos”, el último del libro de Alberto Méndez, narra la historia de un “topo”, ya que el personaje de Ricardo permanece escondido en un armario de la casa que comparte con su esposa Elena y con su hijo Lorenzo. Mientras la familia pergeña



estrategias cotidianas para mantener el secreto, el Hermano Salvador, religioso a cargo del colegio al que concurre Lorenzo, frecuenta a Elena para acosarla. La narración se hilvana a partir de tres voces que se entrecruzan: la del narrador, la del Hermano Salvador y la de Lorenzo.

La voz del Hermano Salvador está dirigida, en forma de epístola y con tono de arrepentimiento, a su confesor a quien llama “Reverendo Padre”. El Hermano Salvador reconoce el acoso hacia Elena y dice sentir culpa por el destino final de Ricardo, pero adjudica los hechos al azar, a pulsiones irrefrenables y a las acciones de los demás. Por su parte, la de Lorenzo es la voz de la memoria. Relata los acontecimientos a partir de los recuerdos de su infancia, que se le presentan incompletos y difusos. Pero el recuerdo que se impone completamente ante todos los demás es el de su padre encerrado en un armario de su casa.

El ocultamiento del padre afecta a los demás miembros de la familia ya que crea, en la consciencia infantil de Lorenzo, la idea de hogar como un microcosmos secreto que es necesario resguardar:

yo también estaba asustado por si se rompía la burbuja donde ocultábamos nuestra cotidianidad familiar y el exterior, lo de ellos, lograba penetrar en nuestro mundo arrasando nuestras ternuras silenciadas (2015: 124).

En similitud con lo que sucede en la novela de Julio Llamazares y en el otro relato de Alberto Méndez, el cuerpo que se oculta aparece equiparado al cuerpo muerto. Cada vez que le preguntan por su padre, Lorenzo responde que está muerto y, como la clandestinidad del padre representa, en realidad, la clandestinidad de toda la familia, los tres se encontrarían fuera del espacio social y vital. Por eso, cuando Elena le reclama a su esposo los excesos con la bebida como consecuencia de la desesperanza, él le responde que la lucidez es innecesaria “Para vivir como si no existiéramos” (2015: 128).

Finalmente, el ocultamiento se devela y el suicidio del padre es el corolario trágico de una historia de supervivencia imposible. El cuerpo oculto se revela finalmente como cuerpo muerto, excluido del tiempo y del espacio. Debido a que la extinción de la vida es también la extinción de la voz, Ricardo es narrado por las tres voces que conforman el relato, pero la ausencia de su punto de vista



puede leerse como la metáfora de las palabras no dichas por los muertos. En este caso, los testigos del suicidio no coinciden en sus versiones sobre el hecho, demostrando las fragmentaciones de la memoria:

Ahora ya no sé lo que recuerdo, porque aunque veo a mi padre sentado a horcajadas en el alféizar de una de las ventanas del pasillo, aunque le oigo despedirse de nosotros con una voz dulce y serena, mi madre dice que se arrojó al vacío sin pronunciar una palabra (2015: 154).

Debe de tener razón ella, porque no he podido olvidar nunca la mirada de mi padre precipitándose al vacío, su rostro sonriente mientras el patio engullía su cuerpo abandonado, aunque esto es imposible porque mi estatura no me permitiría entonces asomarme a esa ventana (2015: 155).

Los personajes de *Luna de lobos* y de los de “Manuscrito encontrado en el olvido”, en su condición de “huidos” –como se llamó a los republicanos que se refugiaron en los montes–, y el personaje de “Los girasoles ciegos” en su condición de “topo”, constituyen configuraciones de cuerpos ausentes. Es decir, cuerpos que, sin haber atravesado los límites de su país, no habitan ningún espacio ni se relacionan socialmente, por lo tanto, no están, no pertenecen.

Creemos que los aportes de Merleau-Ponty pueden servirnos para reflexionar sobre las significaciones del cuerpo ausente y su relación con la historia y la memoria en estas narrativas. La fenomenología, según Merleau-Ponty, es ante todo una experiencia que devela una verdad fundamental: nuestra afiliación a un mundo pre-constituido. Como seres humanos, conocemos ese mundo a partir de nuestra conciencia y a través de nuestros cuerpos. El cuerpo es ese elemento positivo que nos ayuda a afirmar nuestra existencia y la de los demás. El cuerpo sostiene nuestro ser.

Además, el tiempo y el espacio son esenciales para Merleau-Ponty en tanto fenómenos coexistentes (1994: 280). Dicho de otro modo, el espacio “genera” el tiempo, logrando una “espacialidad temporal”. El cuerpo se relaciona con el mundo y con los otros cuerpos por medio de la percepción y de la conformación de un espacio-tiempo propio. De esta manera,

el propio cuerpo está en el mundo como el corazón en el organismo: mantiene continuamente en vida el espectáculo visible, lo anima y lo alimenta interiormente, forma con él un sistema (1993: 219).



Por lo tanto, no existiría un límite entre el cuerpo y el mundo, ya que en toda sensación sensible ambos se entrelazan.

En el caso de los textos abordados, nos encontramos con personajes que, por su condición de cuerpos ocultos, mantienen una relación muy acotada con el universo que los circunda. Siguiendo a Merleau-Ponty, esta relación limitada con el espacio genera una percepción también imprecisa del tiempo, como veíamos en los personajes de los relatos analizados, quienes no lograrían acceder al sistema-mundo, sino que formarían parte de una ausencia tempoespacial ocasionada por el ocultamiento.

Por otra parte, para Merleau-Ponty, el origen del pensamiento se hallaría en la palabra, pero entendida ésta como gesto expresivo del cuerpo, generándose una relación inextricable entre palabra y cuerpo:

Es necesario que, de una manera u otra, la palabra y el vocablo dejen de ser una manera de designar el objeto o el pensamiento, para pasar a ser la presencia de este pensamiento en el mundo sensible, y no su vestido, sino su emblema o su cuerpo (1994: 199).

Teniendo en cuenta los tres relatos analizados en este trabajo, podríamos afirmar que los vínculos entre palabra y cuerpo se advierten, sobre todo, en “Manuscrito encontrado en el olvido” de Alberto Méndez. Eulalio Ceballos Suárez, el poeta autor del diario, tiene plena conciencia de su muerte inminente y sabe que la única forma de dejar su huella en el mundo es a través de la escritura. Este personaje desarrolla la palabra como último gesto expresivo de su cuerpo. Antes de que su voz se diluya para siempre, escribe, deja constancia de su final adverso y da nombre a su hijo. Al respecto, Merleau-Ponty postula la importancia de la nominación, ya que “el objeto más familiar nos parece indeterminado mientras no hemos encontrado su nombre” (1994: 194). En relación con este principio, hacia el final del relato de Méndez, el protagonista encuentra nombre para su hijo y lo deja asentado una y otra vez en la página:

*El resto de la página, con una caligrafía mucho más cuidada que lo escrito hasta el momento, casi primorosa, repite ‘Rafael’, ‘Rafael’, ‘Rafael’ hasta sesenta y tres veces.
[...]
Vuelve a repetir ‘Rafael’, ‘Rafael’ hasta sesenta y dos veces.
[...]*



Repite Rafael, con el mismo tipo de letra, pero mucho más pequeño ciento diecinueve veces! (2015: 56).

Por otra parte, para continuar con las reflexiones sobre el cuerpo oculto y, como consecuencia, ausente, nos parece útil considerar los aportes de Michel Foucault en *Vigilar y castigar*. Foucault afirma que la sociedad tiene como propósito implementar disciplina sobre el cuerpo de los sujetos, es decir, transformarlos en cuerpos “dóciles” (2010). Podemos decir entonces que la contracara de la docilidad de los cuerpos radica en aquellos que ejercen la fuga y el ocultamiento. El caso de los relatos abordados, podríamos hablar de la manifestación de una corporalidad in-dócil, tanto desde el punto de vista empírico como desde el punto de vista simbólico, ya que, la “desaparición” de los personajes por medio del ocultamiento implica la “desaparición” de las voces y de las historias personales. La ficcionalización del diario en el relato de Alberto Méndez funcionaría como alegoría de aquellas palabras no dichas ni escritas por los caídos, es decir, una expresión de la imposibilidad de acceder a una reconstrucción fidedigna de los acontecimientos.

El hecho de que los personajes de los relatos abordados no hayan atravesado las fronteras como refugiados políticos los exime de ser calificados como “exiliados”. Sin embargo, son sujetos que no pertenecen, es decir, están invisibilizados en su propio territorio. No se fueron del país, pero no están en el país. Por lo tanto, consideramos que, para indagar en las significaciones del cuerpo fuera del campo de acción social, nos será útil el término “desterritorialización” de Deleuze y Guattari (1980), muy revisitado por la teoría, pero conveniente para el abordaje de aspectos vinculados a la espacialidad y sus alcances simbólicos. Este concepto se presenta como asociado a los desplazamientos no solo de sujetos sino también de bienes, símbolos e imaginarios. Originariamente, fue usado por los filósofos Deleuze y Guattari (1980) para referirse a las líneas de fuga que se sustraen de la estructura rizomática. Finalmente, definen desterritorialización de la siguiente manera:

¹ Estos fragmentos están con cursiva en el original.



La función de desterritorialización: D es el movimiento por el que "se" abandona el territorio. Es la operación de la línea de fuga. Pero diferentes casos se presentan. La D puede estar enmascarada por una reterritorialización que la compensa, de esa forma la línea de fuga permanece bloqueada: en ese sentido, se dice que la D es *negativa*. Cualquier cosa puede servir de reterritorialización, es decir, "valer como" territorio perdido; en efecto, uno puede reterritorializarse en un ser, en un objeto, en un libro, en un aparato o sistema... (2002: 517).

Consideramos entonces que el concepto desterritorialización nos permite pensar en el desplazamiento de cuerpos que implica el caso de los "huidos", fugados y atrincherados de la Guerra Civil y el franquismo. Los cuerpos que permanecen ocultos durante el conflicto bélico serían presencias que abandonaron simbólicamente un territorio, desconectándose de las normativas culturales, sociales y afectivas de ese territorio. Como vimos en los textos de Llamazares y de Méndez, los sujetos que se apartan del sistema por medio del ocultamiento, crean un espacio propio que los mantiene en condición de anonimato y clandestinidad, pero ese espacio aparece asociado con la muerte inminente y con la pérdida de toda huella simbólica.

En este sentido, creemos necesario relacionar los procesos de desterritorialización de huidos y topos con los aportes de Maurice Halbwachs (1968), para quien toda memoria es, esencialmente, colectiva, ya que se construye en comunidad. Por eso, la desvinculación de un individuo de un determinado grupo social puede acarrear importantes lagunas en la memoria personal y comunitaria.

Por su parte, la memoria histórica, la que pretende abarcar los hechos en su extensión, queda privada de aquellos datos, testimonios, rumores, que no se revelaron por estar sujetos al ocultamiento y al silencio. Halbwachs sostiene:

Si, por memoria histórica, entendemos la serie de hechos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella sino sus marcos, lo que representa el aspecto esencial de lo que denominamos la memoria colectiva (2004: 79).

Creemos que *Luna de lobos* y "Manuscrito encontrado en el olvido" evidencian que esos marcos, esos silencios imperantes en la memoria histórica y en la historia oficial, pueden ser subsanados, reconstruidos, develados, por medio de la representación ficcional.

En este sentido nos interesa el concepto de memoria histórica, en primer lugar, en tanto rescate de las memorias individuales y de las subjetividades que



permitirían borrar la frontera entre relato histórico y relato literario. En palabras de Pierre Nora,

La memoria conoció sólo dos formas de legitimidad: histórica o literaria. Se ejercieron paralelamente, pero hasta ahora separadamente. Hoy la frontera se esfuma y sobre la muerte casi simultánea de la historia-memoria y de la memoria-ficción, nace un tipo de historia que debe a su relación nueva con el pasado, otro pasado, su prestigio y su legitimidad (1984: 22).

El cuerpo ausente y su silencio podrían leerse entonces como sinónimo de los testimonios faltantes en la historia de la Guerra Civil y el franquismo. Los huidos, los topos y todas las víctimas acalladas representarían la imposibilidad de rearmar, de manera efectiva, el mapa de lo que Maurice Halbwachs (1968) llamó memoria colectiva, es decir, una memoria construida con la participación de todas las voces de la comunidad.

En los textos analizados, el ocultamiento ocasiona que la conexión de los personajes con su contexto socio-histórico se rompa completamente, generando una desterritorialización que implica quedar afuera, no solo del territorio sino también de la historia y de la memoria.

A manera de conclusión: el territorio de la literatura

Los caídos de la Guerra Civil y del franquismo significan un vacío, una ausencia. Los cuerpos ocultos en los montes y en trincheras, por su parte, dieron cuenta de la desconexión de los sujetos con su propio territorio, a pesar de no haber atravesado frontera alguna. La mayoría de las veces, el ocultamiento fue la fase previa del exilio o de la muerte.

En las narrativas abordadas, los cuerpos que se ocultan funcionan como alegoría de esas vidas arrancadas de su propio territorio estando, sin embargo, dentro de sus márgenes. Sin haber cruzado las fronteras del país, ya no viven en el territorio propio, sino que habitan otro espacio, con reglas también propias sobre el tiempo y los acontecimientos. De esta manera, vimos que los personajes de Julio Llamazares y de Alberto Méndez experimentan un desprendimiento con respecto a las temporalidades, los espacios y los objetos y sujetos que los rodean, hasta quedar definitivamente expulsados del territorio que habitan. Los desterritorializados, en términos de Deleuze y Guattari, son cuerpos en fuga que,



como consecuencia de su exclusión y anulación, representan las voces desoídas, la palabra no dicha y las fisuras que los trabajos de la memoria no alcanzan a reparar.

La memoria histórica propone la recuperación de aquellos testimonios y vivencias silenciadas. ¿Pero qué pasa con los cuerpos ausentes, las voces acalladas? Esos cuerpos que se resisten a hacerse presentes en el marco del discurso histórico, encuentran, en cambio, una posibilidad en el discurso literario. La producción ficcional se vuelve una aliada de la historia y de la memoria, en el plan de poner en funcionamiento la maquinaria de recuperación y reelaboración del pasado traumático. Siguiendo a Raquel Macciuci, “la literatura se hace presente como una vía eficaz ante la dificultad de transmitir una experiencia traumática y evitar que se convierta en simple estadística” (2010: 18). En el caso específico de los textos tratados en este trabajo, podemos decir que la literatura acude en auxilio de la historia, y logra construir sentidos y versiones posibles a partir de la escasez de datos y de testimonios y ante la evidencia de lo irrecuperable. La representación ficcional de huidos y topos en los textos abordados parece postular que, en fin, la alternativa para el acercamiento a los procesos de la memoria es asumir la validez y la potencia de la ficción, la única capaz de construir un territorio posible.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse (1982). *La guerra civil española en la novela*, 3 vol. Madrid: Porrúa Turanzas.
- CÁRCAMO, Silvia (2006). “Del aforismo a la ficción: la memoria en Julio Llamazares”. En <https://biblioteca.org.ar/libros/150818.pdf> [Fecha de consulta: 30 de junio de 2023]
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix [1980] (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Traducción de José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-textos.
- FOUCAULT, Michel [1975] (2010). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo Veintiuno.
- GIMÉNEZ, Facundo (2019). “Las derrotas de Alberto Méndez: memoria y duelo en *Los girasoles ciegos* (2004)”, *El taco en la brea*, (diciembre–mayo), Vol. 1, Nº 9, pp. 5-18.
- GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES, Antonio (2006). *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana, Vervuert.



- HALBWACHS, Maurice [1968] (2004). *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Sancho- Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HASSOUN, Jacques (1996). *Los contrabandistas de la memoria*. Traducción de Silvia Fendrick. Buenos Aires: Ediciones de La Flor.
- IZQUIERDO, José María (1995). "Julio Llamazares: un discurso neorromántico en la narrativa española de los ochenta", *Iberomania. Revista dedicada a las Lenguas y Literaturas Iberorrománicas de Europa y América*, N° 41, pp. 55-67.
- LLAMAZARES, Julio [1985] (2015). *Luna de lobos*. Barcelona: Seix Barral.
- MACCIUCI, Raquel (2010). "La memoria traumática en la novela del siglo XXI. Esbozo de un itinerario". En Raquel Macciuci y María Teresa Pochat (dir.); Juan Antonio Ennis (coord.), *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*. La Plata: Ediciones del lado de acá, pp.17-50.
- MÉNDEZ, Alberto [2004] (2015). *Los girasoles ciegos*. Barcelona: Anagrama.
- MERLEAU-PONTY, Maurice [1948] (2003). *El mundo de la percepción. Siete conferencias*. Traducción de Víctor Goldstein. México: Fondo de la Cultura Económica.
- MERLEAU-PONTY, Maurice [1945] (1994). *Fenomenología de la percepción*. Traducción de Jem Cabanes. España: Planeta- De Agostini.